

**Touraine, A. (2015). *Nous, sujets humains*. Paris: Seuil, 416 pp.**

**Eguzki Urteaga<sup>1</sup>**

**Alain Touraine acaba de publicar *Nous, sujets humains*.** En continuidad con sus obras anteriores, el sociólogo desarrolla su teoría del sujeto definido por su búsqueda de la dignidad y su rechazo a la humillación. El autor considera que en la era post-social, caracterizada por el debilitamiento e incluso la desaparición de los movimientos propiamente sociales dominantes en la sociedad industrial, se imponen movimientos ético-democráticos. El ser humano se convierte en sujeto a través del proceso de subjetivación que designa el movimiento por el cual el individuo se transforma en actor social, es decir en agente activo de la promoción y defensa de los derechos humanos fundamentales (DHF) que tienen una vocación universal y que se plasman en los discursos, las conductas y las prácticas. En ese sentido, “este libro tiene como objeto principal buscar los tiempos, los lugares, los medios más favorables al encuentro, la fusión y la transformación interna de los movimientos democráticos y de los movimientos éticos, para llegar a la formación de movimientos” (p. 22) que puedan combatir los poderes totales y los anti-movimientos sociales.

En la primera de las cuatro partes que conforman el libro, Touraine se interesa por la desaparición progresiva de las sociedades industriales que define por cuatro rasgos principales: (1) la creatividad humana se traduce por la capacidad de transformación del modo de producción; (2) la utilización masiva de la ciencia, la técnica y el cálculo para alcanzar tasas de crecimiento elevados; (3) la fuerte concentración de los recursos y la polarización entre dominantes y dominados, así como entre hombres y mujeres; y (4) la capacidad para intervenir en la vida de los demás países a través de la colonización. Todos estos elementos se han debilitado, dando paso a una sociedad en la cual los principales actores han dejado de ser económicos para convertirse en políticos:

la lógica de la producción, de sus actores, de sus retos y de los conflictos que provoca, está desbordada por una regresión de lo societal a lo

---

1 Profesor del Departamento de Sociología y Trabajo Social, Facultad de Relaciones Laborales y Trabajo Social de la Universidad del País Vasco. Correo electrónico: eguzki.urteaga@ehu.eus

político, porque las nuevas situaciones [...] están definidas ante todo por la relación al poder. (p. 83)

Además, observa que no existen en la actualidad movimientos sociales, políticos o culturales suficientemente poderosos como para combatir la totalidad de poderes que amenazan los derechos humanos fundamentales. En cualquier caso, el rasgo común de todos los movimientos existentes es la reivindicación de los derechos básicos que permiten al ser humano convertirse en sujeto. De hecho, estos movimientos hacen llamamientos a la defensa de la libertad, la igualdad y la dignidad, llamamientos que no son ni sociales ni políticos ni culturales sino éticos y democráticos. En efecto, hoy en día, “es en el ámbito ético, en la imagen que cada uno se hace de sí mismo, en lo que acepta y en lo que rechaza en nombre de la dignidad, que se desarrolla una conciencia colectiva” (p. 17), que es susceptible de desembocar en una acción colectiva.

Asimismo, constata que, “no solamente las sociedades están dominadas o destruidas, sino que han dejado de percibirse [a sí mismas] como sociedades” (pp. 64-65). Las colectividades contemporáneas se distinguen por una serie de características: (1) la globalización de la economía y de la información; (2) ningún sistema político ni ningún modo de gestión están capacitados para hacer reconocer o imponer su valor universal; (3) la prevalencia del universalismo asociado al reconocimiento de la diversidad de las culturas nacionales y locales; (4) el final de las sociedades e incluso de lo social, lo que implica la desaparición de los movimientos sociales; (5) la prevalencia del individualismo; y (6) la generalización del poder como poder total y como dominación de todas las dimensiones de la vida individual y colectiva.

En ese contexto, el objetivo del autor consiste en identificar, definir y analizar los nuevos actores que se hallan en el centro de la vida social, aunque tengan dificultades para emerger y desarrollarse. Estos actores, que se definen por su capacidad, conciencia de creación y transformación de sí mismos y de sus entornos, tienen rasgos propios:

- Son actores políticos al perseguir la consecución o la preservación de la democracia.
- Su constitución va más allá de las particularidades y de los intereses categoriales para que cada persona pueda convertirse en el autor de su propia vida.
- Su nuevo tipo de acción no es social sino ético.

- Sus acciones cuestionan el poder total de los dominantes en nombre de los derechos humanos fundamentales de los individuos, lo que implica el reconocimiento mutuo de los derechos respectivos.
- Sus acciones colectivas están orientadas hacia los actores.

Esto supone revisar las teorías y los conceptos elaborados durante las décadas anteriores dado que, “las categorías empleadas por los analistas para describir las sociedades industriales ya no corresponden a las nuevas realidades que observamos” (p. 87), empezando por las nociones de clase, conflicto de clases o movimiento obrero. Esto no significa renunciar a explicaciones globales y ambiciosas puesto que es preciso “pensar global”, algo que va más allá de “pensar mundial”. Touraine propone reconstruir las ciencias sociales contemporáneas en torno a cinco principios básicos:

1. La identificación de la modernidad con la defensa de los DHF.
2. La superación de la dominación colonial y del universalismo occidental.
3. El rol central de las mujeres en la lucha contra las culturas autoritarias.
4. La unión de los movimientos de defensa de la libertad, la igualdad y el medio ambiente, en la medida en que condicionan la supervivencia de la humanidad.
5. La necesaria combinación del universalismo y de la diversidad cultural.

Esto conduce al autor a centrarse, en la segunda parte del libro, en la voluntad de ser sujeto. Esa voluntad es indisociable del universalismo que Touraine define como:

[L]a afirmación que el pensamiento humano ha adquirido, a través de sus prácticas y técnicas, [...] la capacidad de ser por sí mismo [...] creador del sentido, de las interpretaciones de sus propias prácticas, de todas las situaciones que pueden ser evaluadas en términos de valoración científica, ética e incluso estética. (p. 106)

El universalismo afirma la existencia de criterios de valoración válidos a través del tiempo y del espacio, y está igualmente vinculado al carácter hiper-moderno de las sociedades contemporáneas. El autor constata que la debilidad de los movimientos ético-democráticos se compagina con la ausencia de una crítica intelectual que ha sido sustituida por la experticia. En ese escenario:

[C]orresponde a los intelectuales tomar la iniciativa del cambio [...] No se trata de crear torres de marfil, sino espacios de reflexión relacionados con la acción política, capaces de asociar una independencia intelectual y material a un alto nivel de compromiso en los problemas sociales o culturales que exigen respuestas elaboradas. (p. 150)

En la tercera parte de su libro, centrada en la transición del sujeto al actor, el autor estima que la excesiva atención prestada a las categorías elaboradas para comprender las sociedades industriales, dificulta la percepción de las categorías emergentes relacionadas con la globalización. En la medida en que las formas de dominación son cada vez más generales, los movimientos que protestan contra ellas lo son de igual manera, así exigen el respeto de los derechos humanos universales. Esto traduce una oposición cada vez más radical entre la lógica de los actores y la de los sistemas:

Reivindican el derecho de los sujetos humanos a ser reconocidos como tales, como creadores de sus experiencias y del sentido que les dan, en lugar de ser reducidos a la condición de recursos humanos al servicio del beneficio financiero o del poder de un partido. (p. 174)

En un contexto dominado por la crisis financiera, la ineficacia de las políticas nacionales y la prevalencia de las instituciones internacionales, Touraine considera que el sujeto se enfrenta a dos problemas fundamentales: por una parte, la subjetivación se produce en un mundo des-socializado; por otra parte, los sujetos tienen dificultades para transformarse en actores capaces de convertir la defensa de los derechos del sujeto en acciones políticas, reformas y programas de acción.

A su vez, la defensa por el sujeto de los DHF puede convertirse en un sentimiento de compasión que paraliza cualquier posibilidad de acción. En ese sentido, “no se trata solamente de conquistar derechos y de modificar instituciones, sino de producir y de crear actores [...] que sean capaces de oponerse a todas las formas de dominación y de alienación” (p. 207). Esto significa que, además de hacer gala de distanciamiento crítico y de asociar el conocimiento a la acción, es preciso “comprometer toda la personalidad, la integralidad del ser, de las percepciones a las emociones pasando por la imaginación y la razón, el cuerpo y el espíritu, en la consecución de los objetivos que uno se fija a sí mismo” (p. 210).

Las ciencias sociales pueden propiciar este compromiso, su misión no se reduce al conocimiento de los sistemas sociales, de sus funciones

y de sus capacidades de adaptación al cambio, sino que tienen una vocación transformadora. Con ese fin, Touraine ha elaborado un método específico denominado “intervención sociológica”:

La noción de intervención sociológica implica que el investigador no se conforma con un rol de observador o de comentarista [sino que] interviene formulando hipótesis sobre las características de los actores como sujetos, sobre el nivel y la fuerza del proceso de subjetivación. (p. 228)

Si bien la intervención sociológica plantea que el espíritu democrático se basa en la voluntad y la capacidad de defender y promover los DHF, esta no concede la misma importancia a todos los actores ya que aspira a hacer emerger sujetos y movimientos sociales.

No en vano, dadas las mutaciones socioeconómicas acontecidas en los últimos años y la reorientación de su pensamiento hacia una sociología del sujeto, el autor considera necesario reforzar ese método introduciendo el uso de entrevistas individuales semi-estructuradas, para evitar los sesgos relacionados con el método de los grupos de discusión, especialmente el liderazgo que ejerce uno de los miembros del grupo sobre los demás.

En la cuarta y última parte de su libro, Touraine se interesa por la transición de la ética a la política. La conciencia de ser sujeto, plasmada en actitudes y conductas, transforma a los individuos y grupos en actores sociales, es decir, en defensores y promotores de sus derechos más esenciales. Esta conciencia repercute en las conductas situadas a niveles menos elevados que constituyen ámbitos de aplicación del proceso de subjetivación. Esta es propiciada por las relaciones familiares, amorosas y amistosas que contribuyen notablemente a la subjetivación de los individuos, así como la formación y crisis de la personalidad que, como las diversas formas de integración y desintegración, contribuyen a este proceso.

En esta configuración, la labor del sociólogo consiste en reconocer la presencia, el contenido y el nivel de la subjetivación, tanto en las expresiones individuales como en las manifestaciones colectivas. Esto supone enfrentarse a las ideologías que buscan eliminar, ocultar y debilitar las diferentes formas de subjetivación. Según el autor, “el conflicto entre la subjetivación y el poder total se sitúa a un nivel de intensidad superior al de todos los conflictos que han dominado los tipos anteriores de vida social” (p. 241). En los países occidentales, enfrentados al incremento de la deuda pública, el desempleo y la pobreza, “asistimos a una verdadera

destrucción de la capacidad de subjetivación y a una negación de los derechos fundamentales de los sujetos humanos en el trabajo y la escuela, tanto en el hospital como en la residencia de ancianos” (p. 241).

Asimismo, el autor considera indispensable convertir la defensa del sujeto en la prioridad de las políticas sociales que han sido capaces, hasta una época reciente, de proteger a los más débiles. Esta renovación de las políticas sociales supondría que los gobiernos y los parlamentos aceptasen superar la barrera que separa los problemas de la vida pública y las dificultades de la vida privada, por ejemplo, aquellos relacionados con la vida, la reproducción y la muerte. La superación de esta dicotomía obsoleta y perniciosa para las personas exigiría una “concienciación sobre la necesidad de respetar la dignidad de todos” (p. 255). Esta labor no incumbe únicamente a las administraciones públicas puesto que “es cuando garantizan el respecto de los derechos humanos fundamentales cuando las redes asociativas realizan las tareas más importantes” (p. 269). Las entidades organizadas de la sociedad civil adquieren un protagonismo creciente y Touraine estima que solo unas iniciativas provenientes de “abajo” son susceptibles de garantizar eficazmente estos derechos en los principales ámbitos de la vida social.

Touraine, además prioriza “el fortalecimiento de la subjetivación y de la acción libre de los actores sociales” (p. 281), de modo que el referendo y la consulta de la ciudadanía ocupen un lugar preponderante en la toma de decisiones. La atención prestada a la opinión pública es aún más necesaria en una sociedad civil cada vez más crítica hacia la influencia y el control creciente, por parte de las administraciones públicas que utilizan “métodos de gestión que consisten en enmarcar las prácticas sociales, obligando a las personas a adaptarse a las categorías administrativas” (p. 283). En ese contexto, es necesario priorizar la capacidad de creación y de actuación de los individuos en lugar de centrar la atención en el respeto por las reglas y las normas “que traducen las relaciones de interés y de influencia en un momento dado y que se convierten rápidamente en inadecuadas ante situaciones que evolucionan constantemente” (p. 284).

El autor defiende ante todo “la libertad que debe tener cada uno de gestionar a nivel individual y social sus relaciones con sí mismo como sujeto y como socio de otros individuos o grupos reconocidos y respetados como sujetos” (p. 287). Esa preocupación por preservar y promover al sujeto y su capacidad para convertirse en actor está relacionada con la incapacidad de las instituciones para resistir a los poderes totales que penetran las conciencias. Esto es cierto en las sociedades que gozan de un

alto nivel de historicidad, esto es, de una capacidad de actuación sobre sí mismas y sus entornos respectivos puesto que la dominación invade todas las esferas de la vida individual y colectiva. Esto se manifiesta de manera extrema en la cultura juvenil, ya que obedece a una lógica puramente económica que selecciona los comportamientos que se ajustan a la oferta mercante.

Además, los movimientos sociales de carácter ético-democrático y los intelectuales de izquierdas tienen dificultades crecientes para expresarse y ser escuchados ya que la finanza internacional predomina junto con el auge de movimientos racistas, xenófobos y populistas que Touraine denomina “anti-movimientos sociales”. Al contrario de los movimientos sociales que combinan la definición de objetivos positivos con la designación de adversarios y el reconocimiento de orientaciones culturales comunes, los anti-movimientos sociales se basan en una definición negativa de sí mismos y en la transformación del adversario en un enemigo con el cual no tienen nada en común. Según el autor, “esta privación de expresión política [de los movimientos sociales] y de contenido intelectual e ideológico [de izquierdas] explica la confusión que sentimos” (p. 309).

Es preciso reconocer, al término de la lectura de *Nous, sujets humains*, la visión global del autor que permite ilustrar sus tesis con ejemplos que aluden a realidades de los cinco continentes, lo que es reseñable en una época marcada por la especialización extrema, los enfoques micro o meso y el nacionalismo teórico y metodológico. Asimismo, el autor hace un esfuerzo especial para definir con acierto los conceptos elaborados. Touraine demuestra una curiosidad insaciable y realiza un esfuerzo constante para identificar los rasgos del nuevo tipo de sociedad en gestación, y como es habitual en él, compagina un estilo elegante y fluido con la utilización de una terminología amena y comprensible, alejada de cualquier jerga.

No obstante, y de cara a matizar esta valoración positiva, esta obra tiene una fuerte dimensión normativa: Touraine no cesa de indicar lo que deberían ser los objetos de estudio, los objetivos, las problemáticas y las metodologías de las ciencias sociales en general y de la sociología en particular. Lejos de limitarse a diseñar un programa de investigación y de reflexión, lo que sería legítimo y comprensible, el autor indica lo que deberían ser las prioridades y los quehaceres de los movimientos sociales y de los gobernantes, elementos que exceden los parámetros de un libro de sociología. Esto pone de manifiesto una de las características de los últimos libros del autor: un giro progresivo de su sociología accio-

EGUZKI URTEAGA

nalista hacia una filosofía social y política. El libro consta de numerosas redundancias propiciadas por una propensión de Touraine a proceder por asociación de ideas, lo que le lleva a repetirse y a abordar temas que están alejados del aspecto que pretende profundizar en cada capítulo.